SEPARATA 27 de noviembre de 2017
TRABAJADORES





Nos convoca con su EJEMPLO

Ese es el Fidel invicto que nos convoca con su ejemplo y con la demostración de que ¡Sí se pudo, sí se puede y sí se podrá!...
O sea, repito que demostró que sí se pudo, sí se puede y se podrá superar cualquier obstáculo, amenaza o turbulencia en nuestro firme empeño de construir el socialismo en Cuba, o lo que es lo mismo, ¡Garantizar la independencia y la soberanía de la patria!

General de Ejército Raúl Castro Ruz, en el acto político en homenaje póstumo al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, en la Plaza de la Revolución Mayor General Antonio Maceo Grajales, de Santiago de Cuba, el 3 de diciembre de 2016







De izquierda a derecha, Vicente Díaz Milián, Juan Carlos Imbert Mayola, Alejandro Benítez, Alejandro Redondo Ramos, Ailed Borges Senra y Juan Pablo Cabrera Díaz. | fotos: Eddy Martin Díaz



| foto: **Cortesía de la Universidad de La Habana**

"Yo soy Fidel" nació del sentimiento colectivo

| **Alina M. Lotti**

AQUELLA NOCHE de noviembre, mientras la verdad se esparcía como un rayo fulminante y el dolor se adueñaba de millones de cubanos, los jóvenes de la Universidad de La Habana (UH) sintieron que la desaparición física de Fidel tenía mucho que ver con ellos.

Allí se hizo abogado, consolidó sus ideas revolucionarias y aprovechó sus escenarios, sobre todo la plaza Ignacio Agramonte y la escalinata, para despertar conciencias y movilizar a las masas.

Por ello, la confirmación de que la muerte había "sorprendido" a uno de los seres humanos más venerables de nuestra tierra no solo se asumió en esta comunidad universitaria como un gran pesar, sino que en pocas horas sus espacios físicos se convirtieron en tribunas de compromiso y de apoyo a sus ideas.

De aquel suceso que enlutó a Cuba ya transcurrió un año. Hoy —por deber y profundos sentimientos— **Trabajadores** vuelve a los recuerdos de aquellos momentos cuando los universitarios asumieron la hermosa frase de "Yo soy Fidel".

La crónica nacida de un dolor

"El Comandante falleció, se da la noticia y a las horas estaba la escalinata desbordada de gente exclamando 'Yo soy Fidel', expresión que después el mundo hizo suya", señaló a propósito de la fecha Alejandro Benítez, estudiante de Periodismo, quien rápidamente entregó en esta redacción una nota sobre el suceso.

"Sin lugar a dudas fue un fuerte impacto. En aquel entonces, como cadete insertado, yo estaba albergado pues al día siguiente se iba a desarrollar un ensayo a propósito del desfile del 2 de diciembre en la Plaza de la Revolución. En tales condiciones nos enteramos del hecho. Desesperados llamábamos a familiares y a amigos para confirmarlo, lo cual ocurrió una vez que el General de Ejército Raúl Castro Ruz en la noche del 25 de noviembre se dirigió al pueblo".

En la actualidad Alejandro integra la secretaría de Comunicación de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) en la UH. "Al amanecer del sábado, cuando abandoné la institución, la idea era venir directamente a la universidad. Si alguien debía responder con rapidez ante tamaña desgracia éramos nosotros; aquí él se formó como revolucionario, como él mismo dijera en más de una ocasión.

"Los muchachos del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (Isri) se sumaron. La movilización fue espontánea, la gente lloraba, reflejaba el sufrimiento de diferentes formas. Fue algo conmovedor. Y la manera que yo encontré para expresar lo que sentía fue venir a esta redacción y escribir una crónica. Estábamos viviendo un momento histórico y era importante demostrar al mundo que los jóvenes continuaríamos su obra".

El Alma Máter se vistió de luto

"Ahora mismo solo imagino el momento y las lágrimas delatan mi tristeza", apuntó Vicente Díaz Milián, actual presidente de la FEU en la UH, quien cursa el quinto año de la licenciatura en Física.

"Realmente estábamos muy impresionados. A través de los celulares empezamos a localizar a los estudiantes, y muchos nos decían que ya estaban en camino. Ha sido de las movilizaciones más grandes que aquí se han organizado. La escalinata comenzó a llenarse sobre las siete de la mañana y ya sobre las nueve estaba prácticamente colmada de personas.

"Después llegaron los estudiantes del Isri con carteles diciendo consignas. Hoy no me queda claro si la frase de 'Yo soy Fidel' nació de ellos o de algunos de nosotros, creo que surgió a partir de la propia emoción".

Es difícil encontrar matices diferentes en algunos de los testimonios de quienes vivieron esas jornadas. Juan Carlos Imbert Mayola, secretario general de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) en la UH y profesor de la Facultad de Economía, refirió que una vez conocido el hecho comenzaron a localizarlo.

"¿Qué hacemos, dónde nos vemos, cómo nos movilizamos?, fueron de las primeras interrogantes. Lo que hicimos fue citarnos para las primeras horas de la mañana. Cuando llegué a la universidad sobre las seis y media de la mañana ya estaban allí el rector, los vicerrectores, todo listo para lo que nosotros necesitáramos. Entonces surgió la idea de cubrir el Alma Máter de banderas, carteles, imágenes de Fidel.



Guardias de honor se hicieron durante toda la jornada de homenaje al Comandante en Jefe.

"También de manera espontánea organizamos una guardia de honor, la cual se inició ese propio sábado, y se mantuvo durante muchos días, hasta cuando se realizó el acto de despedida en la Plaza de la Revolución.

"En relación con la frase 'Yo soy Fidel', se afirma que los alumnos del Isri la venían coreando. Pero nos enorgullece que se dijo aquí en la Universidad de La Habana junto al Alma Máter que es un símbolo".

En Derecho, una vigilia

Juan Pablo Cabrera Díaz, hoy dirigente sindical en la Facultad de Geografía, se desempeñaba el pasado año como secretario general de la UJC en la UH. Emocionado por todo lo que hizo esta casa de altos estudios para rendir tributo a Fidel resaltó la vigilia que estableció la Facultad de Derecho el sábado 26 en horas de la noche, y en la cual participaron cientos de jóvenes, entre ellos alumnos extranjeros, y también profesores.

Destacó la realización de las guardias de honor a los pies del Alma Máter en las cuales intervinieron todas las facultades hasta el día en que sus cenizas partieron hacia el cementerio de Santa Ifigenia. "'Yo soy Fidel' no es una frase vana, sino representa continuidad", subrayó.

Al rememorar el acontecimiento, Ailed Borges Senra, vicepresidenta de la FEU y alumna de cuarto año de la carrera de Sociología, aseveró que la respuesta de la comunidad universitaria fue grandiosa. "En ocasiones, en las actividades que hacemos (político-ideológicas o de otra índole) tratamos de lograr una amplia participación, sin embargo, en aquellos momentos no fue necesario convocar a la gente. Todo surgió de forma natural".

Como presidenta de la FEU en la Facultad de Filosofía e Historia no imaginó una respuesta tan popular. "Hoy no podemos afirmar con exactitud quién creó la frase, simplemente brotó de la multitud. La gente interiorizó que Fidel no había muerto, sino que estaba vivo en cada uno de nosotros. Cuba había perdido (físicamente) a una figura extraordinaria".

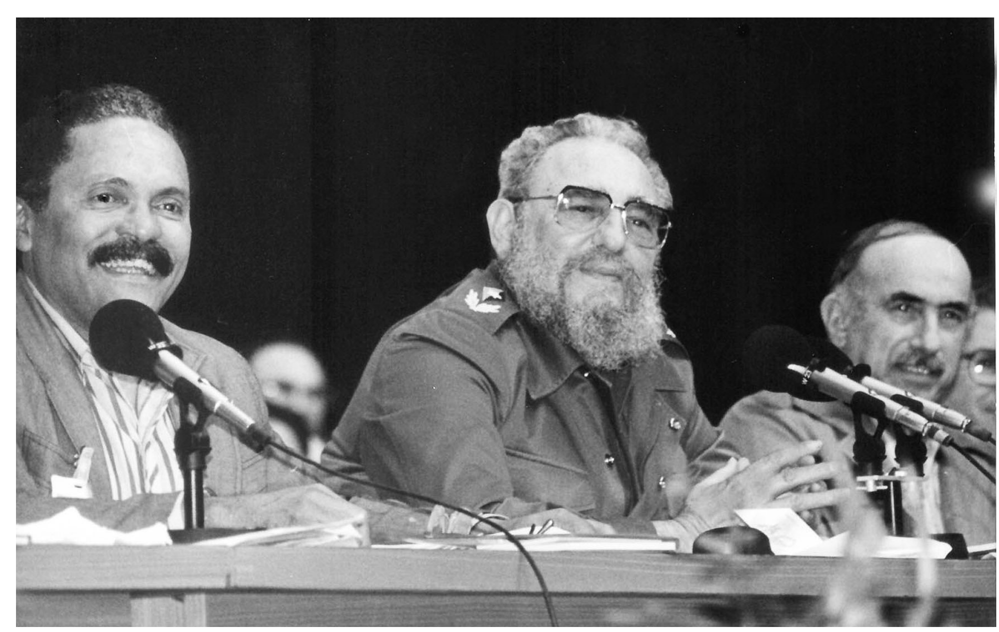
"La noticia, sin duda —subrayó Alejandro Redondo Ramos, presidente de la FEU en la Facultad de Derecho— despertó la necesidad de demostrar el apoyo y el respeto que los universitarios sentíamos hacia él.

"Lo hermoso es que la mayoría de las acciones nacieron de los propios estudiantes. Hubo un libro de condolencias donde se reunieron alrededor de mil 500 firmas, se repartieron tizas para escribir mensajes de amor, se hicieron carteles y esta facultad redactó una declaración de apoyo como continuadores de su obra. El día después de su fallecimiento organizamos una vigilia. Reunimos dinero, compramos velas, flores, y por la noche estuvimos junto a las imágenes que nos recordaban su vida.

"Soy del criterio de que más allá de a quien corresponde la autoría de 'Yo soy Fidel', lo más importante es saber que todos nos adueñamos de su significado. No pertenece a una u otra institución, a uno u otro grupo de estudiantes, sino a la juventud y al pueblo de Cuba".



El Uno en plural



Con Fidel en el XVI Congreso de la CTC. | foto: Joaquín Hernández Mena

| Alina Martínez Triay

FIDEL había llenado el saco de azúcar del sexto millón, en la zafra de 1965, la mayor hasta entonces desde los tiempos de la neocolonia, y con ese motivo se convocó a un acto multitudinario en Puerto Padre, en el central Antonio Guiteras, antiguo Delicias. Además de los cañeros se reunieron allí otros trabajadores, como los portuarios del cayo Juan Claro. Uno de ellos, un fornido obrero de piel negrísima, gritó: "¡Fidel, tú eres el uno! ¡Fidel, tú eres el uno!"

Al escucharlo, en medio de la muchedumbre, el Comandante en Jefe preguntó a Orlando Borrego, que estaba a su lado: "¿Qué dice?". Y la respuesta fue: "Están diciendo que usted es el uno". "¿Y eso por qué?", insistió Fidel. "Porque popularmente se dice que usted es el uno, el caballo", le precisó.

Inmediatamente Fidel se dirigió a Pedro Ross Leal, entonces el primer secretario del Partido en la región Tunas-Puerto Padre y quiso saber quién era el mejor machetero de aquellos lugares. "Papi Ramírez", contestó Pedro. "¿Está aquí?", indagó el Comandante en Jefe, y al respondérsele afirmativamente, Fidel se volvió de nuevo a Borrego y le pidió su reloj: "Después yo te consigo otro", le aseguró. Entonces llamó a Papi Ramírez, le obsequió el reloj, y les dijo a los allí reunidos: "Este es el uno aquí".

La anécdota es una de las muchas atesoradas por Ross sobre el Comandante en Jefe, demostrativas de que este consideró siempre al pueblo y en particular a los trabajadores, como la fuerza fundamental de la Revolución.

Su primer encuentro con el líder había ocurrido en el mismo año 1959. Pedro, que era en aquel momento un "media cuchara", laboraba con otros obreros en la adaptación del antiguo campamento militar de Columbia para convertirlo en centro de enseñanza con el nombre de Ciudad Libertad, y se apareció Fidel una mañana a explicarles a los trabajadores la importancia de lo que estaban haciendo, y las perspectivas de la educación en el país, entre estas la necesidad de abrir más aulas y de contar con un mayor número de maestros, para lo cual contingentes de jóvenes recibirían preparación en Minas del Frío y otros campamentos.

Ross, que se hallaba subido en un andamio, le preguntó: "¿Y yo puedo ir?". La respuesta fue otra interrogante: "¿Qué nivel educacional tú tienes?", quiso saber. "Acabo de hacer la preparatoria para el ingreso al Instituto", le respondió. Dijo: "Sí puedes", y cuando le preguntó qué debía hacer, le orientó ir a ver en el Inra (Instituto Nacional de Reforma Agraria) a un compañero de apellido Manfugás para que lo inscribiera. Hablé con su secretaria, quien me explicó que no podía incorporarme al grupo que saldría la semana siguiente, a lo que repliqué que el propio Fidel me había enviado para incorporarme y yo me iba ahí. Se apareció en ese momento el aludido y al escucharme le ordenó a la secretaria: "Inclúyelo, que no quiero problemas con Fidel".

Ross Leal, que fue durante más de 17 años el secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba, lo vio visitar microbrigadas, fábricas, centros científicos, hospitales, interesarse hasta el detalle por las condiciones de vida, de alimentación y los salarios de los trabajadores de los contingentes y de los macheteros de alto rendimiento, seguir de cerca la construcción de obras hidráulicas, involucrarse de lleno en el desarrollo de la ganadería y en la búsqueda de alternativas para la alimentación del ganado, visitar a los obreros, técnicos e ingenieros de la central electronuclear de Juraguá, cuando esta tuvo que cerrarse y reorganizar a su colectivo en el contingente Lenin, destinado a impulsar el turismo en Varadero… en pocas palabras, fue testigo de su admirable capacidad de estar con todos y en todas partes, y de la inmensa confianza depositada por el pueblo en él.

Dentro de sus recuerdos Ross conserva con emoción lo ocurrido en el XVI Congreso de la CTC efectuado en enero de 1990. Fidel se sorprendió de que todos los participantes vistieran el uniforme miliciano. "Era una manera inequívoca de expresar nuestra decisión de enfrentar las dificultades que nos deparaba el futuro inmediato, de las cuales él nos advirtiera ya en su discurso del 26 de julio del año anterior, cuando habló de los problemas por los que estaba atravesando la URSS y dijo que si cualquier día nos despertáramos con la noticia de que esta se había desintegrado, Cuba y su Revolución seguirían luchando y resistiendo.

"Fue precisamente en ese congreso que el Comandante en Jefe habló por primera vez públicamente del concepto de período especial en tiempo de paz, alertó sobre las innumerables dificultades económicas que traería consigo y nos llamó a consagrarnos a la defensa y al trabajo".

Otro gran momento vivido por Pedro junto a Fidel se produjo a partir de la sesión de la Asamblea Nacional del Poder Popular, efectuada el 26 de diciembre de 1993, donde se debatieron las medidas para enfrentar la compleja situación en que se vio inmerso el país.

"En mi condición de diputado intervine al final para opinar que la situación creada y las medidas que se estaban valorando debían analizarse con los trabajadores. El Comandante en Jefe consideró que si bien teníamos apuro no podíamos desesperarnos y debíamos analizar las cuestiones con mucha reflexión. Me preguntó qué tiempo demoraría esa consulta y le respondí que entre 45 días y dos meses. Y orientó que los diputados allí presentes y los delegados del Poder Popular de los territorios se incorporaran con los dirigentes sindicales y de la CTC a esa consulta con los trabajadores. 'De esa manera trasladamos el parlamento a los centros laborales', indicó. Él fue quien acuñó el concepto de los parlamentos obreros.

"En realidad el proceso duró 45 días. Cada noche nos convocaba para interesarse por los planteamientos que se habían hecho en las asambleas. Se leía cada editorial que publicó semanalmente el periódico **Trabajadores** y en varias ocasiones me llamó para conocer sobre cuestiones relativas a su contenido, incluso de una palabra, en eso era meticuloso. Al principio me preguntó: '¿Quién escribió este artículo?', porque los llamaba así, y le expliqué que era una obra colectiva, en la cual yo ponía 'el pie forzado' y el enfoque, y un grupo de compañeros experimentados le daba forma. En una oportunidad me señaló sobre uno de esos textos la falta de algunos elementos que podían haberse incluido, expresión de la gran importancia que le concedía a los mensajes a través de la prensa, y le respondí: 'Comandante, si algo quedó por decir es responsabilidad mía'.

"Otras veces he mencionado el resultado de los parlamentos y creo que vale recordarlo: se efectuaron más de 80 mil en todo el país con una participación superior a los 3 millones de trabajadores; se realizaron, además, 3 mil 400 asambleas con más de 258 mil cooperativistas y campesinos, y reuniones similares en los centros de segunda enseñanza y universitarios, bajo la dirección de la Juventud, que abarcaron a más de 300 mil jóvenes".

Los parlamentos, en opinión de Fidel, constituyeron una inmensa escuela de economía y de política que elevó la conciencia en la lucha por la eficiencia económica, sanear las finanzas internas y enfrentar cualquier intento de sembrar el desaliento. "Se convirtieron asimismo en tribunas para reafirmar la confianza de los trabajadores en su líder y en la Revolución.

"Fidel, que había participado en todos los congresos obreros desde el triunfo de la Revolución, nos acompañó hasta el XVIII. En uno de los últimos en los que estuvo le mandamos a hacer una condecoración especial, a manera de medalla olímpica del trabajo político, porque en nuestro criterio era un récord más que olímpico no haberse dejado vencer por el período especial. En esto fue también un gigante".





“Yo le entregué el carné número uno de afiliado”

Pedro Fernández Díaz, como dirigente del Sindicato de la Construcción mantuvo una relación estrecha con el Comandante en Jefe, aunque su primer acercamiento fue antes del triunfo revolucionario, durante una de las muestras de altruismo y justeza presentes en toda la vida del líder histórico



Continuamente tuve las palabras de aliento y consejos del Comandante y a cada rato me recordaba: Yo soy afiliado, ¿cómo anda la construcción?, relata Pedro Fernández.

| **Vivian Bustamante Molina**
| foto: **Cortesía del entrevistado**

“Fidel fue el hombre del siglo XX y del siglo XXI. Nunca le dieron el Premio Nobel de la Paz porque era Fidel Castro, de la Cuba comunista, pero ese reconocimiento se lo ganó por derecho propio”.

Son palabras de Pedro Fernández Díaz, destacado dirigente sindical, quien aporta en exclusiva para **Trabajadores** algunas anécdotas de momentos compartidos junto al eterno Comandante en Jefe, por su estrecho vínculo con el movimiento sindical, y el sector de la construcción en particular.

La entrevista transcurre en una oficina, porque Pedro, a sus 84 años, sigue aportando su experiencia a la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), pues su amor por la casa grande no lo deja acogerse literalmente a la jubilación. En sus manos sostiene una hoja con apuntes, mientras fluyen sus recuerdos sobre el hombre al que considera extraordinario y martiano de corazón.

“Lo vi de cerca en la década de los 40, cuando yo vivía en La Pelusa, uno de los barrios insalubres que rodeaban la zona donde iba a construirse la Plaza Cívica, hoy Plaza de la Revolución. Iban a desalojarnos y Fidel se presentó como abogado para defendernos y que nos entregaran dinero y madera para levantar los cuarticos en otro lado.

“Luego del triunfo de la Revolución, conversando con él un día, le conté que yo habité en aquel lugar, y como incrédulo de las coincidencias de la vida exclamó: ¡Pedro, tú estabas allí!, y me abrazó. Le dije: Sí Comandante*, usted me ha hecho persona dos veces, cuando impidió que nos quedáramos en la calle y después de enero de 1959.

“¿Que cómo supo del desahucio? Por las protestas de los vecinos que salieron a la calle. Fue un proceso judicial, y por el propio Fidel nos enteramos de los pasos que dio al retornar al barrio y anunciarle a la gente que fuera a buscar el dinero asignado y quien quisiera podía llevarse la madera de su cuartico para construir en otro lado. Así mis hermanos, mi padre y yo nos fuimos a vivir para San Miguel del Padrón”.

A Fidel había que hablarle claro

A Pedro le resulta muy difícil, diría que casi imposible, hablar de su actuar como dirigente sindical —responsabilidad que en diferentes niveles asumió desde 1959— sin vincularlo al líder revolucionario. Rememora los preparativos del XIII Congreso de la CTC.

“En una reunión con varios dirigentes sindicales preguntó que quién pensábamos que debía ser el secretario general de la organización. Pedí la palabra y propuse a Lázaro Peña, en aquel momento con responsabilidades en el Partido, lo cual Fidel me recordó, y argumenté que a Lázaro le corrían los sindicatos por las venas.

“Luego de otras propuestas planteó que estaba de acuerdo conmigo y pidió el nombre del sustituto para el cargo partidista y sugerí a Fabio Grobart. Me dedicó una mirada penetrante y señaló: Tú venías con la idea completa, y le respondí: Comandante, yo solo coincidí con la suya. Y se sonrió. A él había que hablarle claro y siempre lo hice”.

A raíz del cónclave se crearon comisiones y a nuestro entrevistado lo nombraron al frente de la correspondiente a la construcción: “Porque la llevo en la sangre, soy cabillero, y el 4 de noviembre de 1972, en el III Congreso del sindicato del sector fui elegido como secretario general. Allí se acordó el 5 de diciembre como Día del Constructor. El evento lo presidió y concluyó Fidel, quien por varios años pronunció los discursos de los actos por la efeméride y en la inauguración de las grandes obras.

“Recuerdo que en el de apertura de la escuela Vladimir Ilich Lenin le entregué el carné número uno de afiliado al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Construcción, y dijo jocosamente: Pedro, yo no tengo dinero para pagarte el sindicato, y le expliqué: El objetivo no es que usted pague sino que no dé mucho trabajo y nos sirva de divulgador de cuanto hace el sindicato, y me abrazó.

“Me hizo vivir momentos de mucha alegría y embarazosos a la vez. Yo participé en cinco congresos del Partido y en el segundo fui como invitado. Estaba sentado entre un grupo de constructores y cuando Fidel me propuso para ser miembro del Comité Central no podía levantarme del asiento por la sorpresa”.

Evoca que durante una sesión ordinaria del Parlamento, del cual fue fundador, el Comandante en Jefe presentó la idea de aplicar la interrupción a un grupo de constructores y pagarles el 90 % del salario. La proposición obedecía a que una parte iba a quedar sin trabajo por la poca disponibilidad de recursos para edificar en ese momento todas las obras proyectadas con vistas al desarrollo industrial, de la salud pública, viales, etc.

“La única opinión desacorde fue la mía, y comentó: Pedro, tú votas en contra y sin embargo estás aquí para defender a los constructores. Alegué que asumía esa posición por primera vez porque lo primero era defender a la Revolución. Le expliqué que pagando ese porcentaje sin trabajar cuando hubiese materiales no se reincorporarían. Se rascó la barba y pidió un receso, y en una pequeña reunión solicitó más información y que se valorara otra solución. Se acordó pagar más a quien menos días estuviese sin laborar.

“Fidel nunca me hizo críticas negativas, al contrario, continuamente tuve sus palabras de aliento, consejos; a cada rato me recordaba: Yo soy afiliado, ¿cómo anda la construcción? No hubo recorrido por obras donde no intercambiase con los colectivos y preguntara de todo, hasta lo que iban a comer, y entraba en la cocina y probaba”.

El carro de la Revolución lo puede montar todo el mundo

“Durante años se creyó que Armando Mestre había caído el 5 de diciembre en el combate de Alegría de Pío, pero los historiadores determinaron que fue el 8, como consecuencia de la posterior dispersión. Por eso le expuse al Comandante que algunos compañeros consideraban que debía modificarse la fecha de celebración del Día del Constructor, si bien yo razonaba que la actual había calado muy hondo no solo en el sector, pues era un movimiento emulativo al cual concedían mucha importancia los primeros secretarios del Partido en las provincias. Le pregunté: ¿Cuántos cayeron combatiendo en ambos días?, y los nombró.

“Entonces le expresé que se podía mantener como estaba, porque quienes fallecieron en la lucha resultaron cimientos para levantar una sociedad más justa y más humana y, por lo tanto, todos eran constructores, y me dijo: Pedro, verdad que sí. Nunca más se habló de variar la fecha.

“Fidel se fijaba en todo. En una ocasión íbamos a inaugurar una obra y vio que estaban trasladando de lugar a unos trabajadores que se encontraban sentados delante. Me llamó y me encomendó averiguar qué sucedía. Cuando regresé no le gustó lo que le conté. Aquellos a quienes cambiaron de las sillas frente a la tribuna eran exreclusos que participaron como constructores y me encargó velar porque los restituyeran a sus puestos. No satisfecho con eso, al iniciar el discurso se refirió a ellos como compañeros ilustres y buenos trabajadores y más adelante, con la maestría que lo caracterizó en la oratoria, retomó el tema y reafirmó el derecho ciudadano a reintegrarse a la sociedad y que en el carro de la Revolución podía montar todo el mundo. Ese era Fidel, ese es el Fidel que recordamos”.

***Los trabajadores, el pueblo, habitualmente se referían a Fidel, y todavía lo hacen, como el Comandante, sin considerarlo una falta, al contrario, es por cariño, así lo sienten siempre más cercano.**



Lo siento vivo, cercano

Rosario Fernández Perera, experimentada dirigente sindical en las décadas de los años 70 y 80, recuerda importantes batallas libradas bajo la guía de Fidel

| **Alberto Núñez Betancourt**

LAS MUCHAS tareas derivadas del XIII Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC) hicieron pensar a Rosario Fernández Perera, elegida entonces miembro del Secretariado Ejecutivo de la organización, que el movimiento sindical aceleraría su paso en todos los ámbitos necesarios.

Y no se equivocaba. La presencia de Fidel y Lázaro desde los meses previos al histórico encuentro de noviembre de 1973, sellaba un compromiso inmenso. A ella le correspondía en lo adelante un frente bien activo: Educación, Cultura y Deportes.

La madurez ganada en la lucha clandestina como miembro de la Juventud Socialista, y los años de labor en la Federación de Mujeres Cubanas tras el triunfo de la Revolución, le ofrecían confianza para con su equipo emprender un trabajo efectivo.

Impulsar la educación para adultos en los niveles primario y secundario, el movimiento de artistas aficionados y los juegos deportivos entre los trabajadores fueron desafíos concretos de los años 70 en la sociedad cubana.

Son muchas las vivencias junto al Comandante en Jefe, apunta Rosario. Siempre cercano al universo de los trabajadores, promovió la creación de una escuela para la preparación de los cuadros sindicales cubanos y de otras naciones. Mientras se construía hizo presencia en varias ocasiones, daba ideas, hacía avanzar la obra porque estaba consciente de la utilidad que brindaría.

"Sobre un propósito más masivo como las batallas por el sexto y noveno grados, tarea en la que la CTC se vio directamente responsabilizada, Fidel preguntaba con regularidad. Sus rigurosas interrogantes nos llevaban a documentarnos bien acerca de los asuntos para informarle con precisión".

La cultura fue un sector de mucha acción por aquellos años, señala Rosario. "Tuve la fortuna de contar con un jefe de Departamento a la altura del Indio Naborí. La guía de Fidel fue decisiva para desarrollar un movimiento cultural sólido. Recuerdo cuando nuestros artistas aficionados representaron a Cuba en la antigua República Democrática Alemana.

Rosario resultó elegida miembro suplente del Comité Central en el I Congreso del Partido, e integrante efectiva en el II y III Congresos. | foto: **Del autor**

"Al regreso nos recibió el Comandante en Jefe; le entregamos un álbum de fotos. Le propusimos reproducir un fragmento del espectáculo para que lo viera. En un primer momento se disculpó porque estaba apretado de tiempo, pero a los pocos minutos me tiró el brazo por encima y me dijo: 'Voy a quedarme', así pudo apreciar la calidad de los muchachos y muchachas".

Sabemos que Fidel siempre fue un apasionado del deporte —afirma la entrevistada—. Cuando se iniciaron los Juegos de los Trabajadores se quejó porque estaban concebidas muy pocas disciplinas. Entonces comentó: "Si incluyen el baloncesto hasta participo…".

La experimentada dirigente sindical, que entre 1986 y 1989 encabezó la esfera político ideológica en el Secretariado Nacional de la CTC, rememora las felices coincidencias con el líder de la Revolución en las jornadas del Primero de Mayo; por las mañanas en el desfile y luego en las noches durante la condecoración de los Héroes y Heroínas del Trabajo, y otros merecedores de medallas y otros reconocimientos. "Siempre dialogaba con los distinguidos y con nosotros. Todos le pedíamos tomarnos una foto, y él accedía gentilmente.

"Para mí Fidel es un ser especial, muy sensible —subraya Rosario—. Supe de las muchas horas que le dedicó a Lázaro Peña, ya enfermo. En una oportunidad el Capitán de la Clase Obrera nos contó del aliento que el Jefe de la Revolución le transmitió momentos antes de someterse a una intervención quirúrgica.

"Lo veo como el maestro que nos enseñó a tener fe en la victoria, por difíciles que fueran las batallas. Siempre confió en los trabajadores.

"No puedo pensar en Fidel muerto. Está ahí, vivo. Orientándonos, dirigiendo con todo vigor. Lo siento tan cercano como el día en que colocó en mi pecho la Orden Ana Betancourt, en la sede de la CTC".



Desarrollamos múltiples batallas junto al Jefe de la Revolución, recuerda Rosario. | foto: **Cortesía de la entrevistada**



Momentos del XIII Congreso de la CTC.





| Eduardo Heras León:

“A Fidel le gustó mucho que yo le explicara así…”

Conversación con el prestigioso intelectual cubano sobre uno de los más nobles proyectos ideados por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz: Universidad para Todos

| **Jorge Rivas Rodríguez**



El prestigioso escritor cubano en un diálogo con el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz sobre Universidad para Todos. | foto: **Cortesía del entrevistado**



Heras junto a su esposa Ivonne, durante el diálogo con Trabajadores.
| foto: **Alberto Castañeda**

ES PRÁCTICAMENTE imposible dialogar con Eduardo Heras León (La Habana, 1940) sobre literatura, periodismo, crítica de ballet, cine y magisterio sin que en la conversación no afloren —por azares del coloquio— interesantes anécdotas personales en medio de la extraordinaria modestia de quien, además de ser una de las figuras de mayor relieve de las letras insulares contemporáneas, durante su juventud fue protagonista de notables hechos militares.

Entre esos acontecimientos que marcaron la vida del Premio Nacional de Literatura 2014, se encuentran el haber sido el primer expediente de la Escuela de Artillería Comandante Manuel Fajardo, de Baracoa. Allí, en el acto de graduación, recibió como premio una pistola de manos del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, con quien compartió el escenario de combate en Playa Girón, como segundo jefe de la Batería 7 de Morteros 120 mm. También conversó con el Comandante Ernesto Che Guevara durante sus estudios de jefe de artillería en los Cursos Vystrel, de la Unión Soviética, entre 1962 y 1963, donde fue el mejor alumno.

Pero mi reunión con este hombre delgado, criollísimo mestizo —mezcla de chino y mulato—, culto y sereno, no fue concertada en su acogedor apartamento del Vedado capitalino para recordar detalles de aquellas —y otras— contingencias que bien merecen referencias periodísticas aparte, y que a través de su maravilloso dominio de las técnicas de narración, provoca que pase veloz el tiempo en un amoroso ambiente familiar, encendido por su cautivadora esposa Ivonne Galeano, de nacionalidad uruguaya. Acudimos a él para hablar sobre uno de los más nobles proyectos ideados por el líder histórico de la Revolución Cubana en beneficio del enriquecimiento cultural y educacional del pueblo: el programa televisivo *Universidad para Todos*, del cual Heras fue fundador.

“Fidel me inyectó tal entusiasmo que me sorprendió…”

Todo comenzó a partir del Consejo Nacional de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) de octubre de 1999, donde yo informaba sobre los resultados del primer curso del Taller Onelio Jorge Cardoso, y sorpresivamente se apareció el Comandante en Jefe, y escuchó parte de mi intervención. Se estableció entre nosotros un diálogo vivo, intenso, acerca del Taller, las técnicas narrativas, su utilidad y empleo, y la posibilidad de hacerlo accesible a una mayor cantidad de jóvenes en todo el país. Yo desconocía que estaba a punto de desencadenarse uno de los más importantes proyectos educativo-culturales de la Revolución. Y así fue.

“Unos meses después, en julio del año 2000 me encontraba en Canadá y recibí una llamada de Carlos Martí, entonces presidente de la Uneac. Me preguntó que cuándo regresaba a La Habana y le respondí que en dos días. Me dijo que el Comandante quería que yo diera un curso de técnicas narrativas a través de la televisión nacional, que cuando viniera me daría más detalles…”, dijo el autor de más de una decena de títulos, entre ellos los cuentos *La guerra tuvo seis nombres* (Premio David de la Uneac, 1968); *Los pasos en la hierba* (Mención única del Premio Casa de las Américas, 1970); y *Cuestión de principio* (Premio Nacional de la Uneac, 1983, y Premio Nacional de la Crítica, 1986).

“Ya en Cuba, Carlos me dijo que Fidel quería escuchar mis proposiciones sobre esta idea. Preparé un plan de 20 horas de clases y esperé la entrevista con el Comandante.

“El 9 de agosto del 2000 me llevaron al Palacio de la Revolución. Alrededor de las once de la noche entramos en un salón en el cual ya estaban otros compañeros, entre ellos los presidentes de la Uneac y de la Upec. Dialogamos con Fidel cerca de tres horas. Fue inolvidable. Él preguntó sobre todo. Yo llevaba impresos los planes de lección de las clases. Y le propuse que en vez de técnicas narrativas, tal vez debíamos comenzar por algo más elemental, como el concepto de literatura, los géneros, etc. Y me dijo que no. Que iniciaríamos con las técnicas narrativas. Estaba seguro de lo que quería...”; resaltó el también crítico de danza y coguionista de varias obras para cine y televisión recreadas de sus cuentos.

“En esa plática Fidel me inyectó tal entusiasmo que me sorprendió. No olvido cuando le dije: ‘Comandante, aunque no lo crea, usted utiliza las técnicas narrativas...’ y me respondió: ‘¿¡Yo!?’, y le dije ‘sí, usted…, mire, en su alegato *La historia me absolverá*, usted habla en primera persona y de pronto hace un corte y cambia para la tercera, ¿sabe cómo se llama eso?’… y me dijo, ‘no’ y le expliqué que se trataba de una muda del punto de vista espacial, y ‘esa pequeña anécdota que intercala dentro del discurso ¿sabe cómo se llama?’ y volvió a decirme que no, y le dije: ‘eso es una caja china, en términos técnicos. Usted conoce las técnicas narrativas, intuitivamente, las ha asimilado por lecturas, eso sucede en muchos escritores’”, evocó el poseedor, además, de la Distinción Por la Cultura Nacional, de la Réplica del Machete del Generalísimo Máximo Gómez, del Premio Nacional de Edición y de la Distinción Maestro de Juventudes.

“Un momento importante de mi vida como escritor y profesor”

“Conversamos sobre muchas más cosas. Me preguntó acerca de un discurso que pronunciaría ante unos graduados de Medicina, y tenía dudas en un párrafo que había escrito de dos formas. Quería saber cuál de las dos variantes era la mejor. Esa noche Fidel me mostró una faceta de él que yo no conocía”, apuntó Heras León.

“El 13 de agosto me invitó a compartir por su cumpleaños. Allí me dijo: ‘Heras, cómo anda tu entusiasmo por el curso’, y le expresé ‘no se preocupe Comandante, que va sin problemas’. Y entonces me objetó: ‘Me avisas si se te acaba el entusiasmo que yo te voy a inyectar un poquito más’. El curso comenzó el 1º de octubre. Se acordó llamarlo Universidad para Todos. Toda una aventura. Nos levantábamos a las 4:00 a.m., porque las clases eran en vivo, de siete a nueve de la mañana. Luego se repetían (grabadas) a las 11:00 p.m.”.

Con una sonrisa que asomó a su rostro, el reconocido conferencista igualmente recordó que este proyecto fue “importante en mi vida como escritor y profesor. De ese curso salió el libro *Los desafíos de la ficción*, la recopilación más completa de la lengua española sobre técnicas narrativas, Fidel se entusiasmó con esta y solicitó que se imprimieran 15 ejemplares, que se hicieron casi manualmente. Fue la primera edición. Quería mandárselos a cada uno de los Cinco Héroes. También se lo regaló a Abel Prieto y a Jean-Bertrand Aristide, quien entonces era presidente de Haití, que estaba de visita aquí. La segunda edición, de 5 mil ejemplares, se hizo en Colombia. Me dijo bromeando: ‘Este libro hay que analizarlo no solo por su contenido, sino por su peso’. Tiene casi mil 300 páginas.

“Fíjate si le quedaron fijas las ideas sobre las técnicas narrativas, que durante uno de sus viajes a la ONU, en una iglesia de Estados Unidos ante unas 3 mil personas dijo que en Cuba había un escritor joven que estaba dando cursos sobre técnicas narrativas, e hizo alusión a Universidad para Todos. A su regreso participó en una reunión de directores municipales de Cultura a la que fui invitado. Llegó, preguntó por mí y me dijo: ‘Oíste mi discurso en la iglesia de Estados Unidos donde te tiré un piropo?’”, precisó Heras León.

El también director, desde hace 20 años, del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso —especializado en la formación de escritores noveles—, discurrió sobre otras muchas remembranzas relacionadas con sus vínculos profesionales con Fidel, entre ellas sus encuentros con él en la Feria del Libro. Pero en el diálogo fue recurrente el tema sobre Universidad para Todos, y la constante preocupación de Fidel por este proyecto sobre el cual le dijo: “Mire, Comandante, el objetivo de este curso tan breve no es que los televidentes aprendan las técnicas narrativas, sino que adquieran una nueva dimensión de la lectura. A partir de ese conocimiento, se puede leer una novela o un libro de cuentos, haciéndolo desde adentro, desde el laboratorio creador del escritor… y a él le gustó mucho que yo le explicara así… me di cuenta…”.

Soy también una hija de él

| Joel García

VESTIDO CON una bata verde por encima de su uniforme de siempre, y cumpliendo todas las medidas sanitarias, Fidel entró pasadas las diez de la noche del 22 de enero de 1993 a una de las salas esterilizadas del hospital Hermanos Ameijeiras. Acostada en una cama estaba Ana Fidelia Quirós, sin conocer todavía la gravedad de las quemaduras sufridas en un accidente doméstico cinco horas antes.

Con los ojos hinchados de llanto y sorprendida por la repentina visita solo atinó a responder una de las dos preguntas que le hizo apenas pasó su mano por la frente, como el padre que llega a sufrir el dolor con su hija: "¿Cómo te sientes ahora? ¿Qué quieres que le digamos a tu mamá?"

"Comandante, no manden a buscar a mi mamá. Yo estoy bien y voy a correr de nuevo en cuanto salga de esto. Estaré en los Juegos Centroamericanos y del Caribe de Ponce", contestó Ana, embarazada y sin percatarse de que su vida peligraba al haber sufrido quemaduras de segundo y tercer grados en casi el 40 % de su cuerpo.

La voz de Fidel se quebró ante la confesión de quien había visto ganar tantas veces en 400, 800 y 4x400 metros. Minutos previos los médicos le explicaron los primeros auxilios ofrecidos a la corredora en el hospital Calixto García y lo reservado de los pronósticos para un caso como ese.

"Ana, el objetivo ahora no es que vuelvas a correr y así se lo hice saber a tus doctores. Lo primero es salvarte la vida y tu recuperación", sentenció sin apartarle la mano de la frente y la vista en su rostro moreno, que no salía del asombro por tanta generosidad y ternura del líder de la Revolución.

Preocupado y atento hasta el mínimo detalle, Fidel volvió al hospital más de 20 veces, asegura su familia, incluso cuando no estaba ya en terapia intensiva. La mayoría no las recuerda Ana con claridad, pues estaba bajo los efectos de los sedantes que necesita un paciente de quemaduras, con curas en días alternos.

Las enfermeras le decían: "Ana, despierta que por ahí viene el Comandante", pero los ojos se cerraban, vencidos por los medicamentos. Entonces él hablaba con los médicos y con la mamá, a quien todo el tiempo le aseguró que tuviera confianza, que su hija se salvaría. Meses después algunos médicos que vivieron esos días tan difíciles contaron que Fidel en cada visita insistía en una idea: "Traten de salvarla porque ella representa mucho para Cuba y para mí".

Cuando Ana había vencido el mayor peligro, por indicación del Comandante se creó un gimnasio especial para ella en el centro hospitalario. En una de las noches en que acudió a verla Fidel conversó con Martín García, amigo inseparable que corría junto a ella por las escaleras del hospital, desde el piso 15 hasta el 22, como parte del proceso de recuperación. Cual padre protector le lanzó una frase que solo conoció más tarde: "Trata de que ella no te alcance, cuídala".



Ana (a la izquierda), con su bebé en brazos, cumple el anhelo de una foto familiar junto a Fidel. | foto: Cortesía de la entrevistada

Tocaya, tú siempre me cambias la bola

La primera ocasión que Ana saludó personalmente a Fidel fue en la recepción ofrecida a la delegación cubana durante los Juegos Centroamericanos y del Caribe de La Habana 1982. Era apenas una integrante de la cuarteta 4x400, lo cual cambiaría cuatro años después tras ganar tres oros en el II Campeonato Iberoamericano de Atletismo, celebrado en el estadio Pedro Marrero, adonde acudió Fidel para disfrutar del certamen.

Le preguntó a Juantorena quién era la chica que corría su distancia y había vencido con tanta facilidad. Sin embargo, a ella nadie le dijo nada y salió para Santiago de Cuba al día siguiente, como acostumbraba a hacer al término de cada competencia, en compañía de su esposo de entonces, Raúl Cascaret, bicampeón mundial de lucha libre.

La localizaron en la tierra indómita porque el Comandante quería hablarle, pero como ese día no pudo salir hacia la capital por problemas de transporte se frustró la charla. "Pensé, la vida me dará otra oportunidad. Y me dio muchas", recuerda la llamada Tormenta del Caribe.

De 1987 a 1991 Ana fue invitada con frecuencia a las recepciones oficiales en el Palacio de la Revolución con presidentes o visitantes extranjeros. Fidel no perdía la ocasión de dialogar con ella sobre el diseño de su preparación, las tácticas para enfrentar las dos vueltas al óvalo, las rivales y hasta cuánto podía rebajar sus marcas.

"Tocaya, tú siempre me cambias la bola", le decía Fidel cada vez que se encontraba a Ana con un peinado diferente. El día que la premió en los Juegos Panamericanos de La Habana 1991, en otro gesto de cortesía la esperó a que se cambiara de ropa para devolverle la medalla que ella cariñosamente le había regalado en el podio. "Este oro es tuyo, no me lo gané yo", señaló quitándose del cuello la presea. "Vine a disfrutar de cómo corrías y me has hecho sentir orgulloso de ser cubano".

Un viaje inolvidable y proezas premiadas

En el año 1991 Javier Sotomayor y Ana fueron escogidos para acompañar a Fidel durante un recorrido por varias ciudades de Brasil. Era un privilegio el viaje; sin embargo, Ana pasó durmiendo la mayor parte del trayecto, tal y como acostumbra a hacerlo cada vez que sube a un avión.

El Comandante, por más que lo intentó, solo pudo conversar con ella a pocos minutos del aterrizaje. "Muchachita, cómo tú duermes. Y yo que quería aprender contigo de cómo un atleta resiste tantas horas de vuelo para luego competir al máximo nivel…" .

En tierra sudamericana Ana tuvo que integrar varias veces el cordón de seguridad para cuidar a Fidel. Salían bien temprano a actividades y el regreso era muy tarde en la noche, sin ingerir alimentos, pero con una experiencia tremenda. Apenas dormían.

Una de esas noches, un grupo de invitados se reunieron en la habitación de Sotomayor para compartir y tomar unos traguitos. Entre ellos estaba el capitán del buque Hermann. De momento, un Fidel distinto, sin botas, en pantuflas y algo cansado entró al cuarto. Se acostó en la cama del Soto y pidió su trago para brindar. Risas y anécdotas matizaron el momento, en el que no faltaron preguntas sobre la meta inmediata del movimiento deportivo cubano, los Juegos Olímpicos de Barcelona el próximo año.

Las proezas mayores de Ana estaban por llegar. Tras su accidente, una plata histórica coronó su regreso en los prometidos Juegos Centroamericanos y del Caribe de Ponce 1993. En el acto de bienvenida a la delegación, efectuado en la Sala Universal de las FAR, fue una de las distinguidas con la Medalla de la Dignidad.

Subió las escaleras para recibirla con algún problema todavía, pues no podía mover bien aún los brazos y el cuello. El abrazo suave del Comandante cubrió su espalda y la puso triste. Al salir caminando hacia su puesto en la primera fila lloraba sin consuelo y jura que al virarse vio también unas lágrimas en su rostro. "Quizás se contuvo porque estaba en público, pero era un hombre de sentimientos extraordinarios", confirma su protagonista 24 años después de aquel hecho.

Por supuesto, la otra gran hazaña de Ana fue convertirse en doble campeona mundial de los 800 metros. El primer título lo ganó, para más coincidencia, el mismo día que el Comandante cumplió 69 años: el 13 de agosto de 1995. Un mes más tarde él mismo le impuso la Orden al Mérito Deportivo.

"Para salvar a Ana Fidelia se juntaron dos cosas: un milagro de la ciencia y la técnica con un milagro de la voluntad humana", diría Fidel en sus palabras de elogio a la premiada, quien sonreía todo el tiempo sin levantar la cabeza. Humildad y sencillez viajaban en silencio. "Hemos obtenido muchas victorias deportivas, pero no creo que haya ocurrido nunca algo tan emocionante, que estremeciera, que sacudiera todas las fibras del alma y del cuerpo como la noticia de esa victoria", concluyó su discurso.

Mis hijos y una espina clavada

Una de las obsesiones de Ana era que sus hijos tuvieran una foto con Fidel, lo cual consiguió en la inauguración del laboratorio antidoping de La Habana, en 1999. Consultó con los compañeros de seguridad personal para llevar a su mamá y a sus dos hijos, Alberto Alejandro (de meses) y Carla Fidelia, quienes esperaron hasta el final del acto en una oficina del centro. Finalmente se la tomaron, aunque Albertico había hecho caca y hubo que envolverlo en sábanas para no demorar el especial recuerdo.

Sin embargo, la espina más grande que le queda a Ana en su relación con Fidel es no haberlo podido ver desde el 2006, tras haber enfermado. Hizo cartas y habló con muchas personas, pero no tuvo la oportunidad. Quería darle su agradecimiento y reciprocar lo que hizo por ella en los momentos difíciles, cuando jamás dejó de estar a su lado. Quería que él supiera de sus sentimientos.

Ana prefiere no poner punto final a esta historia y habla siempre en presente de su Comandante. "Yo soy también una hija de Fidel, no biológica, pero sí espiritual. Todavía siento sus preguntas en mi oído: ¿Cómo es que tú puedes correr así? ¿Cómo ganas tan fácil? ¿Cuándo me vas a enseñar el truco?". Y sonrió llorando.



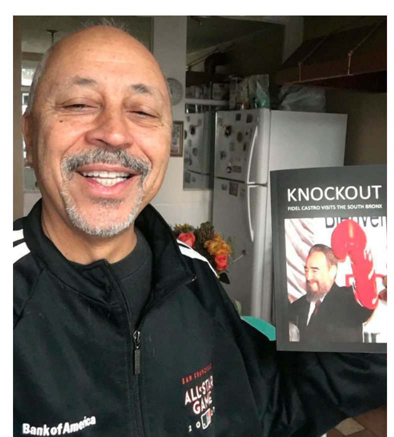
En la Sierra Maestra de Nueva York

| **Yimel Díaz Malmierca**

QUIÉN me habrá mandado a enredarme en esta historia, se preguntó Julio Pabón, más de una vez, aquel fin de semana de octubre de 1995. La situación era especialmente tensa desde meses antes. El alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, electo en 1994, jugaba con fuego. El alza del transporte público y de los alquileres había calentado el ambiente entre los latinos, y la muerte del joven boricua Anthony Báez, como resultado de la brutalidad policial, avivaba la llama: ¿Cuál habrá sido su verdadero pecado: dejar escapar el balón y golpear accidentalmente a la patrulla o… ser hijo de inmigrantes?

En ese contexto, y con la intención de lucirse frente a los medios, Giuliani anuncia una cena para los 180 jefes de Estado que asisten a las celebraciones por los 50 años de las Naciones Unidas. Solo dos no estaban invitados: el líder palestino Yasser Arafat y el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Los árabes no demoran en responder, organizan un encuentro y recaudan fondos que entregan a la Autoridad Palestina; pero de Fidel nadie hablaba. "Viste, ofendieron a tu amigo", le comentan a Julio con cierta sorna desde el otro lado del auricular. "¿No harás nada?", pregunta otro de los que ese día no dejó descansar el teléfono.



Julio Pabón.

★★★★

Yo veía las manos de la Fundación Nacional Cubano Americana y de Jorge Mas Canosa en todo aquello, no por gusto habían sido recibidos en esos días por Giuliani y, de paso, se quedaron en la ciudad para formar líos. Nos tocaba a los puertorriqueños responder, de otra forma pensarían que verdaderamente nada nos importa. "Fidel es tan latino como nosotros, el alcalde no solo lo ofendió a él; esto es un golpe, otro, a toda la comunidad", apunté.

No me consideraba entonces, ni ahora, un activista político, no militaba en ninguna organización, me interesaba más la prosperidad de mi negocio vinculado a los deportes (Pabón's Latino Sports Ventures, Inc.); pero sentí herido mi orgullo como latino, e impulsado por ese sentimiento nació la idea de escribir una nota de prensa denunciando a Giuliani y defendiendo a Fidel.

Alguien me sugirió recabar el apoyo de la Asociación Nacional de Comerciantes Puertorriqueños de la que yo formaba parte. Lo consigo. Ellos aceptan que hablara en su nombre y aportan 500 dólares para preparar "algo". Jimmy Rodríguez, expelotero de las Grandes Ligas, tenía el restaurante más famoso de entonces (Jimmy's Bronx Café), y lo pone a nuestra disposición. El congresista demócrata José Serrano, con quien había trabajado como asesor y jefe de prensa, se nos suma y su nombre también aparece entre los firmantes.

"Si usted quiere cenar venga al condado de la salsa, al Bronx, donde la comunidad puertorriqueña le recibirá con los brazos abiertos". Con esa frase cerramos la nota de prensa.

"Eso no va a suceder, ¿verdad?", me preguntaba asustado Jimmy. En realidad ninguno de nosotros pensamos que Fidel la leería y menos que nos tomaría la palabra.

"Esto es como ganarme un Nobel, estaremos con ellos", contaron que dijo y ahí comenzó una comedia de horror que, gracias a Dios, tuvo un final feliz. Para entonces ya era sábado 20 de octubre y el evento tendría lugar el lunes 23. Solo tres días.

La noticia se regó rápido y la gente empezó a llamarme, todos querían participar. Si no cierro la lista hubiéramos tenido que hacer la cena en el Yankee Stadium. Finalmente entraron 400 personas, y el servicio de bomberos me advirtió: "Uno más y te suspendo el evento".

Pero quien verdaderamente me hizo la vida miserable fue el servicio secreto de EE.UU. Me citaron a un encuentro y enseguida recordé aquello de que, cuando no se confía, lo mejor es verse en un lugar tan público como puede serlo un concurrido restaurante de Manhattan.

Los agentes eran tres. Primero trataron de persuadirme, luego me presionaron. Querían que suspendiera el evento o lo cambiara de sede, "por razones de seguridad", alegaban. Quizás no les faltaba razón, el Bronx es el distrito más pobre de los cinco que integran Nueva York, y especialmente el sur podía ser peligroso, pero ese es mi barrio, allí me sentía con el control total de la situación.

Finalmente se dieron cuenta de que no cedería, y fue cuando me entregaron un pliego de condiciones "innegociables", entre estas pedían la lista de los invitados, la cual ese día aún estaba inconclusa.

Pronto tuvo lugar otra cita, esta vez con la seguridad cubana. Fue más fácil, no trataron de convencerme de nada, solo pidieron copia de todo lo que debía entregar a sus colegas estadounidenses.

Ante mí se planteó una disyuntiva: no confiaba (ni confío) en el servicio secreto de EE.UU., y al de Cuba no lo conozco. ¿Qué hacer? Sabía que Fidel y la Revolución cubana tenían enemigos y quizás yo estaba poniendo su vida en riesgo. Si pasaba algo entraría a la historia como el tipo que facilitó las cosas a quienes lo querían muerto.

Organicé entonces un grupo con mi propia gente del Bronx. Llamé a un amigo que había sido campeón de kickboxing ese año, le pedí que buscara seis cintas negras en artes marciales, uno debía ser mujer, no importaba si estaban acabados de salir de la cárcel, solo tenían que ser de confianza. Así fue.

A pesar de eso el día del evento estaba muy tenso. Ni siquiera había previsto conocer personalmente a Fidel, solo quería que todo saliera bien. No subiría al estrado, sino que estaría sentado de frente, siguiendo a mis agentes con la vista todo el tiempo.

El Comandante aún no llegaba, pero uno de la avanzada cubana me llamó: "Havana, we have a problem!", me dijo. Ellos habían identificado dentro del local a una instigadora que habitualmente participaba en actos contra Cuba, se hizo pasar por reportera. Fui hasta ella y educadamente le pedí que se marchara, protestó pero obedeció. Igual la hubiéramos sacado.



Fidel recibió varios regalos, entre estos un guante de boxeo y una camiseta con el número 1 del equipo Yankees de Nueva York. Durante 40 minutos habló ante los reunidos en el Jimmy's Bronx Café. Hizo referencia a la migración en Estados Unidos, al bloqueo contra Cuba y agradeció a la comunidad puertorriqueña el gesto: "Ustedes están haciendo algo más que historia —afirmó ese día— al desafiar prejuicios, mentiras, calumnias (…) no se arrepientan nunca del heroísmo (…) porque fueron los atrevidos los que hicieron las cosas más bellas de la historia".
| foto: **Jon Levy/AFP**

Finalmente me avisan que Fidel está arribando. De pronto, sin saber cómo, está frente a mí. Me sorprendió su estatura, era más alto de lo que imaginaba, y también su energía, nunca sentí algo así, ni siquiera frente a personalidades como Gore (Al), o Clinton (Bill). Solo con Fidel y el boxeador Muhammad Alí experimenté algo así.

Sus manos eran grandes, cálidas, suaves… y estrecharon la mía como hacía mi padre, atrapándola entre las dos suyas. Mi viejo fue un curandero sabio, y me contaba que quien así saluda puede ver el alma de la otra persona.

En medio de toda aquella locura terminé preguntándome si Fidel y mi padre habrían leído los mismos libros, y cuestionando quién era verdaderamente aquel hombre. Ninguno de mis amigos se había preocupado por las repercusiones que la organización de aquel evento pudiera tener en mí, y fue precisamente él quien se interesó por eso cuando empezamos a conversar. ¿Era ese el tirano del que todos hablaban? No lo creo, el lenguaje verbal y corporal de Fidel quebró prejuicios y protocolos.

"Esta es la Sierra Maestra de Nueva York", dije. Me sorprendí al escuchar aquellas palabras en mi voz, pero no exageraba. El sur del Bronx era nuestra base de operaciones, allí vivíamos unos 100 mil puertorriqueños. Muchos llegaron con el gran flujo migratorio de la década de los 50, casi todos trabajaban en la agricultura y no pocos jóvenes habían muerto peleando una guerra ajena en Vietnam, o como resultado de las drogas y la violencia callejera. Otros están presos. Yo soy un sobreviviente.

Finalmente, se abrieron las puertas y entró al salón, todos se pusieron de pie aplaudiendo. ¡Todos! Uno de los que estaba en primera fila fue a tocarlo y un escolta se interpuso. Tranquilo, estamos en la Sierra Maestra, atajó Fidel.

★★★★

En medio de las prisas Julio no tuvo tiempo para escoger, tomó el viejo ejemplar que guardaba de *La historia me absolverá* y le pidió una dedicatoria. "Para mi amigo Julio, de un atrevido a otro", escribió Fidel.

Dos décadas después el boricua ha contado su historia en un libro: *Knockout, Fidel Castro visits the South Bronx*. El primer ejemplar estuvo dedicado al Comandante: "Para mi amigo Fidel, de un atrevido a otro", en marzo de este año lo recibió simbólicamente Alex Castro, durante una presentación especial organizada por la Misión de Puerto Rico en La Habana.